

INÉS DE CASSAGNE

*Pontificia Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires*

**Orientación y pautas de discernimiento en el
ámbito poético-literario.
La doctrina de la *contemplación terrena*
enunciada por Josef Pieper e ilustrada en
Albert Camus**

En este congreso, en el que se reconocen tantos aportes de Josef Pieper, quiero rescatar y agradecer la orientación que él brinda en el campo literario. La orientación fluye abundantemente de su obra entera, tanto por lo que dice cuanto por cómo lo dice. En efecto, Pieper tiene el don del escritor clásico: precisar lo esencial, acuñando la formulación perfecta para una idea mediante palabras justas y razonamientos fluidos. Por ello siempre atrae, admira, entusiasma y comunica. Mas he de recalcar aquí el aporte de los cuatro ensayos reunidos bajo el título *El ocio y la vida intelectual*, en donde brinda pautas para discernir la poesía, conceptos claves y argumentos convincentes para dar razón de su presencia y sentido, dando, además, ejemplos.

Al enunciar la doctrina de la contemplación terrena —que tiene lugar en esta vida ante las cosas creadas, al captarlas en hondura y vislumbrar en ellas un anticipo de la contemplación de Dios— Pieper provee una pista fundamental: la relación poesía-contemplación-felicidad. “De tal clase de contemplación ante el mundo creado, se alimenta incesantemente toda verdadera poesía y todo verdadero arte, cuya esencia es ser bendición y alabanza, que sobrepasa toda queja. Y nadie que no sea capaz de esta contemplación es capaz de escribir de forma poética” (p. 314). Con esta afirmación clarificadora va implícita una visión realista y positiva del mundo y del hombre, un consentimiento al ser, fuente de admiración y veneración; y otras notas que iré enumerando e ilustrando.

Si Pieper trae testimonios poéticos de Konrad Weis, Chesterton y sobre todo de Gerarld Manley Hopkins, yo aportaré ejemplos de un pensador contemporáneo: Albert Camus. Un pensador, digo, por que él mismo no se llama “filósofo”, ni “poeta”, si bien quedará probado gra-

cias a Pieper que es ambas cosas. Imaginando la extrañeza de quienes conocen sólo a un Camus pensador del "absurdo", me adelanto a decir lo que él mismo afirma: que éste fue un "sentimiento" que él ha analizado, con la intención de superarlo, y que justamente fue capaz de superarlo gracias a que prevaleció y se afianzó su primera aprehensión de la realidad: la "admiración". Cito: "*Caídas de la cima del cielo, olas de sol repican sobre el campo. Todo calla y la montaña, allá, es un enorme bloque de silencio que yo escucho sin descanso. Le presto oído, alguien corre hacia mí a lo lejos, manos invisibles me llaman, mi alegría aumenta, la misma que hace años. Nuevamente, un enigma feliz me ayuda a comprenderlo todo. ¿Dónde está la absurdidad del mundo? ¿Es este resplandor o el recuerdo de su ausencia? Con tanto sol en la memoria, ¿cómo apostar al sinsentido?*"... "*En lo más negro de nuestro nihilismo, yo sólo he buscado razones para superar ese nihilismo. Y no por virtud, sino por fidelidad instintiva a una luz en que nació...*" (*El enigma, en El verano, 1950*).

Pieper me ha provisto de pautas para apreciar aquí los elementos constitutivos de la vivencia contemplativa: atención, recepción, gozo; intuición o penetración de lo amado, que provee descanso y reposo, si bien mediante una actividad máxima interior, que es de conocimiento; y una realización personal y llena de felicidad y gozo, saciante, aunque siempre con alguna inquietud o dejo de nostalgia, por lo que aún falta. "La tradición —apunta Pieper— considera la contemplación como un conocer acompañado de admiración", pues sucede ante un "*mirandum*", algo en la realidad que causa maravilla y a la par desasosiego, pues no se lo penetra del todo: obliga a seguir mirando —de allí la palabra "admiración"—, o también hace temer que no haya algo tras esa manifestación maravillosa. Así le pasaba al joven Camus, descubriendo "*el valor de milagro*" que hay en "*cada ser y en cada cosa*" y al mismo tiempo temiendo que fuesen sólo "*apariencias*"... ¡En ese caso, qué doloroso y absurdo no poder saciar el ansia profunda del alma! Empero a lo largo de los años, la experiencia se repite y prevalece más y más el elemento de "saciedad", aunque siempre está el "límite". Joseph Pieper no duda en calificar de contemplativos todos los momentos —aún mínimos— en que esto sucede. Es lo propio de la contemplación terrena. Por otra parte, no es tan extraña esta afinidad entre los dos pensadores, dado que el uno y el otro se saben enraizados en la gran tradición de sabiduría que arranca con los griegos. Camus reconoce lo "sagrado" en este tipo de experiencia, pero Pieper sabe además "que ella es alimentada en el divino Logos que obra en todas las edades" (p. 267).

Según Pieper —portavoz de la tradición— "contemplación es un mirar encendido en el amor", y "hay un modo contemplativo de ver las cosas de la Creación. Me refiero a las cosas sensibles, al ver con los ojos, pero también al oído, al olfato y al gusto,... pero al ver ante todo" (p. 313).

Este modo aparece como vivencia primordial de Camus en su Argelia natal. Lo primero que publica, a los 24 años, es *Bodas*, que él llama "ensayo lírico", y cuyo lirismo consiste justamente en transmitir directa y sencillamente lo que le llega por los sentidos y le plenifica interiormente: perfumes y suavidad de las flores, caricias del viento, "suspiro oloroso y acre de la tierra", "melodía del mundo"; y sobre todo lo que se le brinda a la vista y que no se cansa de mirar: "la luz descendiendo del cielo, el mar sin una sola arruga y la sonrisa de sus dientes brillantes": percibe que todo ello lo está esperando y acogiendo, y que entonces él a su vez responde, prestando atención y recibiendo; por ello habla de "encuentro", "encuentro de amor" y de una "gran felicidad bajo el sol matinal". Todo ello corresponde a la caracterización pieperiana del modo contemplativo, con sus condiciones —ocio, no totalmente pasivo por cuanto implica activa atención y aprehensión—, y con su premio: saciedad, reposo, encuentro feliz y en armonía,... A esto Camus le ha llamado "*bodas*"...: "*¡horas pasadas en tocar los absintos, acariciar las ruinas, acordar mi respiración con los suspiros del mundo!...*" Pero nada resulta forzado. Camus opina que este encuentro nupcial de un ser humano con el mundo, de corazón a corazón, corresponde a una necesidad esencial del hombre, y por eso éste halla su realización plena. Por su parte, "hemos nacido para contemplar", afirma Pieper, en nombre propio y de la "gran tradición". Según ello, contemplar es normal, si bien difícil: un verdadero logro plenificante, del ser finito tendido a lo infinito: "*Yo (Camus) abro los ojos y mi corazón a la grandeza insoportable de ese cielo...*" —y agrega: "*No es tan fácil llegar a ser lo que uno es, reencontrar uno su medida profunda. Mas mirando... mi corazón se calmaba con una extraña certidumbre. Aprendía a respirar, me integraba y me cumplía*" (*Bodas en Tipasa*). Sobre esto, Pieper habla de haberse encontrado con el "bien conveniente" (p. 267) y Camus explicita que ese "bien", en el mundo, se llama "belleza".

Es de notar esta certidumbre de una correspondencia preestablecida entre "hombre cumplido y belleza", y cabe subrayar otra coincidencia más entre ambos pensadores: que el lirismo poético no consiste en agregar algo a la realidad (como en cambio pretende Octavio Paz en *El arco y la lira*) sino en tratar, en lo posible, de reflejarla intacta. "*Yo (dice Camus) describo y digo: esto es rojo, esto es azul, esto es verde. Éste es el mar, ésta la montaña, éstas las flores*". El comentario de Pieper se le aplica perfectamente: "La exactitud de estas descripciones muestra qué poco debe la contemplación saltar por encima de la realidad de lo visible en una 'simbolización' precipitada. Su mirada está antes bien dirigida directamente al corazón de las cosas" (p. 313). Precisamente ante la riqueza de tal vivencia, Camus juzga "innecesario" agregar algo más, insiste que "*le basta contemplar*" y "*dar testimonio*", clamando finalmente: "Ver, ver sobre esta tierra: ¿cómo olvidar la lección?" (id., en *Tipasa*).

¿Qué lección? Camus no especifica, pero antes dio una pista: "Mi corazón se calmaba con una extraña *certidumbre*..." Poco después señala que esa vivencia contemplativa y nupcial de todo un día en Tipasa le ha procurado la sensación de "*coincidir*" con lo que él "*es*", tal como un actor "*hace coincidir sus gestos y los del personaje ideal que encarna*". La certidumbre sería, pues —dicho con sus palabras—: "*haber representado bien mi papel*", "*haber cumplido mi oficio de hombre*", y "*el haber conocido el gozo a lo largo del día no me parecía un logro excepcional, sino el cumplimiento, emocionado de mi condición*". Tal es la lección: reconocer el hombre su propia esencia como tendiendo a un fin y haberlo —en cierto modo— alcanzado. Aquí realización es igual a plenitud, perfección, por haberse saciado la sed innata del hombre. Al respecto observa Pieper —el filósofo, ¡valiéndose de una imagen: "La felicidad, como 'beber la bebida', ha de considerarse como un obrar que excita todas las potencialidades del hombre a suma realización"; "obrar que permanece en el mismo operante", "inmanente"— "solamente en él se realiza el propio operante" (282).

Con estas precisiones de Pieper concuerdan notablemente las descripciones líricas de Camus. En su testimonio juvenil de "bodas", la felicidad comporta realización de capacidades físicas e intelectuales, junto con el correspondiente aprecio de cuanto está en la realidad o la naturaleza, y el deleite que cada cosa procura. La vivencia de bodas incluye no solo ver, gustar, oler, tocar, acariciar, gustar, sino también el deleite de entrar en el mar... ¡ilustración de lo dicho por el mismo Santo Tomás de Aquino!: que "no puede ser imaginada ninguna felicidad completa sin goce, alegría, disfrute, embeleso del hombre corpóreo y espiritual-sensitivo" (I, II, 4,1; 4,5, p. 268).

Ciertamente, esto involucra la justificación de la poesía como ámbito expresivo de la contemplación que hace feliz al hombre ("Bienaventuranza imperfecta, puntualiza Santo Tomás, tal como puede ser poseída en esta vida", con el desasosiego de lo inalcanzable). En este sentido, Pieper mira más allá y agrega: "Aquella ardiente precisión de la descripción sensible, no sólo prueba cuánto respeta y trata de preservar lo visible de las cosas del mundo la mirada de la contemplación terrena. Se puede incluso suponer que el respeto por lo concreto viene ni más ni menos alimentado por el impulso contemplativo, que apunta al fundamento divino de todos los seres..." (316).

¡Te atrapé!, me gritarán ahora —¿cómo puede ilustrar esto Albert Camus?

Sigámoslo en su última peregrinación a Tipasa, en 1953. "Educado primero en el espectáculo de la belleza, había empezado por la plenitud. Después habían venido los alambres de púas, es decir, las tiranías, la guerra... Algo, durante esos años, me faltaba... Cuando alguna vez se ha tenido la suerte de amar con fuerza, la vida transcurre buscando de

nuevo aquel ardor y aquella luz... Para revivir se necesita una gracia..." Y la gracia vuelve a serle otorgada: un día de felicidad contemplativa, y en una atmósfera de particular pureza para percibir la realidad y penetrar más hondamente en su sentido divino: "Una mañana líquida se elevó, deslumbrante, sobre la mar pura. Desde el cielo, fresco como un ojo, lavado y relavado por las aguas, reducido por esos enjuagues sucesivos a su trama más fina y más clara, descendía una luz vibrante que daba a cada casa, a cada árbol, un dibujo sensible, una novedad maravillada. La tierra, en la mañana del mundo, debió surgir en una luz semejante" (R. a Tipasa, en *El verano*).

Cito en paralelo a Pieper, acerca de la condición auténtica para ser "filósofo". Pregunta a quien pretende serlo: "¿Te ha sido concedido, te es completamente evidente e íntimo el ver la realidad del mundo como algo en cierto sentido divino y, por tanto, digno de veneración, como algo en todo caso que es otra cosa y siempre más que mera materia bruta de la actividad humana?" Respondiendo: "Sólo puede haber teoría en pleno sentido, sólo es realizable como actitud cuando se considera al mundo como creación". Y concluyendo: "Filosofía quiere decir teoría" (p. 190).

"*Theoría*": en griego: ver lo admirable. Según ello, Camus es filósofo. Continúa: "Y bajo la luz gloriosa... un lejano canto de gallo celebraba la gloria frágil del día... Parecía que la mañana se hubiese fijado y el sol detenido en un instante incalculable. En esa luz y ese silencio..., yo reconocía uno por uno los ruidos imperceptibles de que estaba hecho el silencio: el bajo continuo de los pájaros, los suspiros leves de la mar al pie de las rocas, la vibración de los árboles, el canto ciego de las columnas, el chocar de los absintos, las lagartijas furtivas. Yo oía esto, y escuchaba también las olas felices que subían en mí: Me parecía que al fin había vuelto al puerto, por un instante al menos, y que este instante no terminaría más".

"*Eutujía*": en griego, feliz encuentro, felicidad. Encontrar el origen, encontrar el fin, encontrarse a sí mismo con las cosas, de corazón a corazón. Encontrar la bebida saciante, y beberla: "Miraba la mar al mediodía... y saciaba la doble sed que no se puede engañar mucho tiempo sin que el ser se seque: sed de amar y admirar..."

Y tras sacar ciertas conclusiones de orden moral —sobre justicia y compromiso— Camus declara: "Pero nosotros vivimos para algo que va más lejos que la moral. Si pudiéramos nombrarlo ¡qué silencio!... Entonces comienza el misterio..."

El contemplador comprende que se interna en la oscuridad, y avanza traduciendo en imágenes lo que intuye: "El secreto que busco está oculto en un valle... Durante veinte años he recorrido este valle... he interrogado a cabreros, he llamado a las puertas de ruinas deshabitadas. A veces, a la hora de la primera estrella en el cielo aún claro, he creído saber. Yo

sabía en verdad. Yo sé siempre quizás...” Y tras lamentar que “*nadie quiere ese secreto*”, termina reafirmando: “*un día... iré a echarme en el valle, bajo la misma luz, a aprender por última vez lo que yo sé*” (II, p. 875-6).

La fuerza lírica de este testimonio brota de un potente anhelo de conocimiento así como de una íntima certeza de poder saciarlo. En ello estriba la capacidad de contento y gratitud, que se evidencia también en este otro párrafo (escrito en Grecia): “*Agradecimiento ante el ser perfecto del mundo... Estoy literalmente ebrio de luz... un gozo enorme, una risa interminable, risa del conocimiento, tras el cual todo puede sobrevenir y todo es aceptado*” (Carnets III, p. 233).

Tales certidumbre son del tipo de las mencionadas por Pieper: contemplativas. Hay coincidencia con lo afirmado en la tradición sapiencial: la *theoría* es más que la *praxis*, “la forma fundamental del saber es la *theoría*, que se orienta hacia el ser mismo y se dirige a la verdad y sólo a ella, a hacer patente el ser de las cosas; por ello el espíritu del hombre, como un oyente, recibe su medida de la realidad” (p. 201). “La esencia de la felicidad se realiza en un acto del entendimiento” (I,II, 3,4, p. 283). “El completamente feliz es alguien que ve...” ¿Qué ve? “Que todo lo que existe es bueno, amado y digno de ser amado, amado por Dios”. “¡Pero tales certidumbres, no pensadas sino contempladas –concluye Pieper–, sólo significan una cosa y siempre la misma: el mundo está equilibrado, todo converge a un fin; en el fondo de las cosas hay –a pesar de todo– paz, salvación, gloria...” (p. 313).

Si he podido detectar estas vivencias, intuiciones y convicciones realistas en Camus, es gracias a la clarísima transmisión de Pieper acerca de su propia experiencia que se hace eco de mirar y admirar; ver y conocer; saborear y ser feliz.